



DIARIAMENTE se cruzaban en la calle. Él, de pelo negro, acharolado por el fijador, que lo mantenía impecable. Trajeado con gusto. Ella, luciendo una discreta elegancia, y un mohín gracioso en el sangrante corazón de su boca que embellecía la expresión dulce de sus ojos azules. Su cabello, sedoso y ondulado, era como el oro viejo.

De tanto verse, habían llegado a fijarse el uno en el otro, terminando por bautizarse mutuamente.

—Ahí viene «La Chica de la una y media»—pensaba Alberto al descubrirla entre la gente.

—Ya se acerca «El de las Corbatas». ¿Me hablará?—comentaba «in mente» la joven, mirándole con complacencia.

Ambos apodos tenían su justificación: la puntualidad cronométrica de ella habíale llamado la atención por creerla impropia de una mujer. La fama se lo había asegurado. Y en cuanto a él, raramente usaba la misma corbata. Feviente admirador de esa prenda, poseía una nutrida colección que le permitía escoger a diario.

Pasaban sin mirarse apenas, y, sin embargo, los dos sentían verdaderas ganas de hablarse, de conocer el timbre de la voz, y conversar sobre gustos y aficiones.

Cierto día, ella no acudió a la rara cita. Alberto, intrigado, retardó el paso, esperando hallarla de un momento a otro.

La esperanza se trocó pronto en decepción, y viendo que se había retrasado inútilmente optó por apresurarse a ir a su casa.

—¿Has salido más tarde de la oficina?—le preguntó su madre al verle llegar algo acalorado.

—No; me he entretenido en la calle.

—¿No debes de tener mucho apetito hoy!

—Al contrario, mucho. Si me das pronto la comida, te lo agradeceré.

Extrañada por esta declaración, la buena mujer sirvió el almuerzo. Alberto comía silencioso mientras su cerebro tejía y destejía pensamientos.

—¿Te sucede algo, hijo?

—Nada de particular, mamá; estoy preocupado porque hoy no encontré en el camino a la chica de la una y media. Pienso que tal vez esté enferma o, ¡quién sabe!, quizá haya cambiado de oficina.

—Puede ser también que se haya retrasado o, simplemente, que tenga novio y varíe de itinerario—comentó la madre inocentemente.

Alberto dejó de comer.

—Retrasarse es imposible. Creo conocerla bien. No me mires así, mamá; ya sé que he asegurado muchas veces que no podía existir una mujer puntual, pero ésta es una excepción; tal vez la única de ese género. En cuanto a lo segundo, lo sentiría de veras. Estoy vivamente interesado por ella. Es una muchacha tan discreta, tan dulce de expresión, que no dudo ha de ser el perfecto tipo de esposa y madre.

—¿Por qué no le hablaste?

—No sé; las veces que me lo propuse, en cuanto la vi frente a mí no tuve aliento más que para mirarla, mejor dicho admirarla. Y he sido tan torpe que no la he seguido ni una sola vez. Creía encontrarla siempre en mi camino, como algo mío, que nadie podría robarme.

—Has hecho mal, hijo. Las mujeres discretas son más

codiciadas que las joyas, y siempre hay alguien que se fija en ellas.

La premura del tiempo cortó la conversación. Alberto terminó de comer de prisa para volver a su trabajo.

Pasaron dos días, y «La Chica de la una y media» no aparecía. A Alberto seguía haciéndosele tarde a la hora del almuerzo, y la madre, viendo la tristeza del hijo, optó por no preguntar.

Alberto sentía que le faltaba algo. Ahora que no podía verla, se había enamorado profundamente, reprendiéndose una y mil veces por su falta de carácter. Un simple saludo que le hubiese dirigido habría dado pie a trabar conversación y a enterarse de los pormenores de su vida.

No había sido así, y ya no tenía remedio. Era necesario encontrarla; pero ¿dónde? Alberto callaba y se entristecía, y la madre compartía en silencio el pesar del hijo.

Transcurrió un mes, y Alberto seguía apenado. De día en día notaba más la falta de aquella mujer cuya presencia perfumó tantas veces su mirada.

Se dedicó a vagar por las calles en los ratos libres, abandonando por entero su primordial afición: la lectura. Sin embargo, de todas sus andanzas volvía igualmente cariacontecido y con deseos de soledad absoluta, en la que como único consuelo surgía el recuerdo de ella.

Aconsejado por los amigos, a quienes había confesado su profundo malestar y las causas de él, decidió alegrar su vida, volver a sus habituales costumbres, respirar un poco de alegría y juventud, para atacar definitivamente la tristeza, que empezaba a resbalar por el sendero de la neurastenia.

—¡Eres tonto! En ella no se termina la divina especie femenina. Hay muchas mujeres bonitas, discretas e interesantes que pueden compensar su ausencia—le había dicho Luis, uno de sus mejores amigos—. Vente conmigo esta tarde al baile. Allí te presentaré muchachas deliciosas.

Alberto aceptó. No tenía por qué rehuir la invitación. Debía distraerse, olvidar por completo y amar de nuevo.

Cuando entró en la sala, acompañado de su amigo, paseó la mirada inspeccionando el ramillete de mujeres a cual más simpáticas y bonitas.

—¿Qué te parece esto? ¿Hay donde escoger?—le preguntó, pícaro, su amigo.

—Sí. Son todas muy bonitas—respondió Alberto galantemente, sin fuerzas para confesar que ninguna le agradaba.

—Voy a presentarte a unas cuantas. Como eres tan tímido, te evitaré el apuro de dirigirte a ellas.

Luis se sentía protector de Alberto, convencido de que le hacía un favor.

—Mi amigo Alberto..., Josefina..., Mari del Carmen..., Lucía..., Mari Tere..., Isabel...

Cambiáronse apretones de manos.

—Encantado, señorita—pronunciaba Alberto a cada una de ellas.

—Tanto gusto—respondían, mostrando diversas sonrisas. La orquesta atacó un «fox», y Alberto creyó que era de buen tono bailar con una de ellas, optando por la última que le habían presentado.

—¿Le sucede a usted algo?—murmuró Isabel, fijándose en su rostro.

—¿Por qué?—preguntó a su vez, sorprendido, Alberto.

De tanto verse, habían llegado a fijarse el uno en el otro, terminando por bautizarse mutuamente.

—Ahí viene «La Chica de la una y media»—pensaba Alberto al descubrirla entre la gente.

